

GUILLERMO ENRIQUE HUDSON Y SU FASCINANTE NATURALEZA

Hellen Keller dijo en alguna oportunidad, refiriéndose a Hudson: El hace que nos sintamos más buenos. Todo en él es bello y luminoso...

Esta condición, sagazmente advertida y exaltada por quien debió educar nuevos medios de percepción, es, probablemente, la que da más importancia a un escritor y la que menos en cuenta tienen los críticos profesionales, empeñados en una valoración estética o estilística ajena a una estimación moral. Hellen Keller extendió a Hudson el mismo concepto que enunció Gorki sobre los libros en general...: "es un buen libro aquél que enseña a amar al hombre". Para amar a los hombres comprendemos que es necesario cultivar los sentimientos de solidaridad y de comprensión social y no solamente mediante el juicio crítico, sino también utilizando o poniendo en juego la simpatía y el instinto.

Otro modo de valorar a Hudson tienen los representantes de un tipo más o menos engolado de cultura entre nosotros. Estos apologistas suelen coincidir en algo que define su posición mental: en que Hudson fue indiferente a las cuestiones de carácter político; en que amó la libertad individual y la exaltó en sus escritos y en que fue un autor eminentemente intuitivo. Aunque alguno de estos comentaristas agregara que Hudson poseía una preclara conciencia de hombre moderno, lo que al parecer atrae y confirma unánimemente a los críticos en esta definición, es la al parecer unánime abstención del escritor frente a los hechos sociales de su tiempo.

Resulta singular, naturalmente, no hallar ninguna referencia en Hudson al Martín Fierro, y ver que se ocupa, en cambio, de Mitre y del Centenario, aunque circunstancialmente. No fue Hudson, en general, sensible al culto general de un tipo de desarrollo político que el hombre sencillo que él conoció tan íntimamente no advertía, o en cuyo proceso no participaba.

En el Martín Fierro se advierten las causas y efectos superficiales de una notable distorsión de la vida nacional. Hudson ve otros aspectos de ese cambio y transformación, como cuando reprocha a los italianos la destrucción de los pájaros para hacer polenta. No existe en ese reproche ningún prejuicio racial o antiprogresista; no puede deducirse de esa apreciación un espíritu reaccionario, sino el amor a los pájaros, seres bellos y útiles, sacrificados estúpidamente para satisfacer costumbres que en nuestras llanuras no tenían justificativo, pues en ellas existían especies y grandes animales que daban mejor satisfacción a las necesidades alimenticias.

En cuanto a otras circunstancias, hay que recordar que él es indiferente y permanece ajeno y extraño al mundo oficial que frecuentaba y en el que está inmerso Hernández, que debe crear un personaje literario, su Martín Fierro, que se convierte en un símbolo y que carece de existencia real. En cambio, los personajes de Hudson están ahí, vivos, reflexionando, con sus largas y floridas arengas y sus estudiadas posturas y no es por casualidad que un personaje mítico, formado a través de muchas experiencias, se convierta en ser de una realidad que todos sienten y comprenden, y los seres reales, sencillos y simples de Hudson, parezcan entes literarios. Esto debe servir para hacernos reflexionar sobre el orden de conocimientos y sentimientos que poseemos, tan primarios, que nos hace simpatizar primero y con mayor hondura con lo más superficial y aparente, y no con una realidad llena de intimidad y de poesía, integral y profunda, como la que nos entrega con claridad y transparente belleza Hudson.

Santos Ugarte, Valerio de la Cueva, el viejo Nicandro, los

ingleses, el viejo que descubrió la flojedad de su visión en la posta de la mensajería, todos ellos tienen vida íntima porque existieron sin duda y convivieron en alguna medida con Hudson, y cuando él los evoca los ve de nuevo, patentes; los oye y los huele, si ello es posible.

Su relato es parte de su arte de escritor que considera, no la apariencia de las cosas, que constituyen sólo una verdad superficial, sino la sustancia íntima de las personas y los fenómenos.

Hudson fue un observador paciente, con hábitos de investigador y con un tímido sentido de la poesía, que no era el brillo superficial o exquisito de los sentimientos refinados de una clase social, sino esa natural inclinación hacia la belleza y la pureza del hombre sencillo.

Hernández tuvo una visión política y circunstancial y una intención apasionadamente combatiente y al crear su personaje le dio ese tipo de sabiduría conceptual que él, indudablemente, poseía, pero con un conocimiento intelectual de carácter tradicional, pues él no era un gaucho, sino el autodidacto que presidió tribunales, ejerció el periodismo y se sentó en una banca del Senado, pues pertenecía a las clases dirigentes y se sentía con derecho a disponer del país y de sus gentes, amenazados por la política expansionista de Mitre y de Sarmiento que abrían las puertas del país a las corrientes inmigratorias.

Hudson, en cambio, naturalista de campo, conocía y vivía casi como un igual de ese criollo vivaz, de ese ambulante andarín de los campos, y él mismo fue un gaucho en la llanura, en la etapa anterior a Hernández, bajo la tiranía de Rosas.

No fue hombre de poder ni de mando, ni siquiera tuvo influencia ni amigos poderosos en ese desvalido campo en que anduvo en la figura de Richard Lamb, apreciando en sus matices más delicados la sicología de criollos y extranjeros y amando y reverenciando a esas magníficas mujeres que forman la diadema más refulgente de las tierras purpúreas. Pero, no es

exacto que Hudson permaneciera extraño a las ideas de justicia o de igualdad social. El fue indiferente a una forma del liberalismo que se insinúa en el país después de Rosas y se encarna en Caseros. Combatido por Hernández este sometimiento a la penetración capitalista aunque en sus formas más simples, Hudson permanece indiferente frente a unos y a otros. No era enemigo del poder pero tampoco era amigo de los demagogos. Era amigo del hombre, simplemente. En *Vida de un Pastor*, escrito en Inglaterra, su espíritu justiciero se revela y reprocha un orden social injusto que permite colgar a los jóvenes de diez y ocho años por el crimen inaudito de matar un conejo, del coto de los señores feudales, para comer.

En "El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson" publicado en México en 1951, Martínez Estrada insiste en expresar su repudio, entendiendo que era también el de Hudson, por la "técnica, nueva divinidad infernal, —dice— y la sabiduría del hombre que se ha puesto al servicio de la antigua, antiquísima, impiedad". Claro que la extensión que da al concepto Martínez Estrada es injusto, pues en el mundo capitalista se advierte cómo la vida individual resulta coartada por la técnica y el desarrollo industrial, pero también se ve como mejora el individuo común en sus relaciones con el medio. En un régimen más equitativo y justo nadie podría reprochar a la técnica, perfeccionada por el hombre y puesta a su servicio, como debe ser, este carácter de impiadosa fatalidad. Claro está que la técnica al servicio del interés privado ha creado condiciones de esclavitud y de competencia repugnantes que se extienden hasta crear la situación actualmente en debate de los países y comunidades subdesarrolladas, y solamente así puede comprenderse el envejecido juego de Hudson, que, por otra parte, nunca dejó de presentarse como un hombre de ideas primitivas, y en cierto modo como un defensor de Inglaterra, que se beneficiaba y sigue beneficiándose, en su comercio con estas colonias, de la aparente indiferencia del gaúcho por los trabajos prácticos.

Estas aparentes deficiencias o debilidades de Hudson, co-

mo sus opiniones sobre la guerra, no autorizan a ignorar la parte positiva de su obra y de su pensamiento, como no nos exime de la culpa de ignorar el *Martín Fierro* el aspecto reaccionario de la defensa que Hernández formula de un pasado reciente, ni la apología entusiasta de la vida libre y salvaje del gaucho, que bien sabemos que no fue libre ni salvaje, al menos en la forma romántica en que ella suele exaltarse. En ambos escritores, tan distintos y al mismo tiempo tan íntimamente apegados a la defensa de las individualidades creadoras y de un mínimo de bienestar para todos, debemos colocar los modelos literarios y sociales o humanos, que los argentinos tenemos que cultivar y apreciar.

Un rasgo común en ambos escritores es el de reconocer y apreciar, como rasgos esenciales del hombre argentino, la generosidad. Una generosidad caudalosa, profunda, que no consiste en regalar cosas, solamente, sino un sentimiento que encuentra el modo de comprender, de ayudar o estimular al desposeído o necesitado. Los criollos de las tierras purpúreas no piensan en ganar dinero ni en hacerse una posición económica, sino que luchan apasionadamente por una u otra divisa o partido político. Esos seres viven estremecidos, como los árboles por el viento, por el vendaval de las pasiones más exaltadas, que suelen aprovechar los políticos, que desprecia Hudson. Esta generosidad de conducta se aprecia también en *El prófugo*, novela de aventuras en el lejano sur, de Molina Massey.

Y también el desinterés mayor y en ocasiones el desprecio por el dinero. Hudson, en repetidas ocasiones, hace mérito de su pobreza, y, viendo bien, resulta que los bienes mayores a que puede aspirar el hombre no requieren, para ser satisfechos, el dinero. Tal tipo de vida era posible por aquellos años en las grandes llanuras. Un tordo, un zorzal o un cardenal deleitaban con sus cantos mejor que los tenores o barítonos, y en la contemplación de la naturaleza y sus paisajes, a pie o a caballo, el hombre podía gozar un espectáculo como no lo ofrece mejor el cinematógrafo con sus molestias

ocasionales. La vida era simple y sin mayores exigencias para un contemplativo, que además estaba desahuciado como Hudson.

Dejó este singular escritor testimonio de su desapego a las formas exteriores del progreso, no al progreso y finura de los sentimientos. Como típico representante de un mundo nuevo, que él lo era incluso porque descendía de norteamericanos, no se preocupó por anotar, como Mac Cann u otros viajeros ingleses en su libreta, aquellos datos de una contabilidad empeñada en demostrar la incuria e incapacidad de los nativos para todo tipo de trabajos que beneficiara a los extranjeros. El no ignoraba que el cambio que se ha operado en las sociedades modernas es beneficioso para el hombre, que ha visto transformarse las características de su esclavitud, simplemente, pero no las causas profundas que la provocan, pues no se puede ni se debe olvidar que el llamado progreso si no tiene como objeto la felicidad del hombre común, no sirve para nada. Esta medida, a la que llamaremos felicidad, es muy poco utilizada por quienes se preocupan de la sociedad y del lugar que en ella debe ocupar el hombre. De acuerdo con esa medida muchas mujeres del tiempo de Hudson y muchos hombres, hubieran podido ser felices con poco que hubiesen hecho en su favor los gobiernos y patronos. Pero Hudson, que veía la situación de desdicha, ignorancia, explotación e impotencia, se conformó con dejarlos así escrito. Ahora vemos nosotros que una gran posibilidad de dicha o de felicidad se derramaba ociosamente, como el perfume de las glicinas y el sol en los poemas de Ortiz, y que no aprovechan ni pueden gozar los pobres.

Sabía Hudson que para obtener fortuna había que vender el alma. Que para lograr el poder había que atravesar charcos de sangre e hipotecar la conciencia. Eso lo sabía bien Hudson, condenado en la adolescencia a morir en forma repentina y que alcanzó a vivir ochenta y un años, talvez por su modo pausado de conducirse, sin apuro, como un gaucho auténtico.

Esta manera pausada de actuar y de no atarse a ninguna obligación, sacrificando a ese disfrute de la libertad personal

las comodidades que otros se procuran con incontables renunciaciones o con sobresaltos inútiles, fue confundida con holgazanería por algunos, y en general no fue nunca comprendida ni justificada por la mayoría de los buenos ingleses.

Hudson no poseía ese saber que sabe que sabe, sino una comprensión intuitiva, sin metodología, de tipo artístico y no científico, aunque por su manera de actuar y preparar los materiales de su creación él acumulara notas y observaciones con rara paciencia, como hizo con los apuntes que reunió para escribir sobre las serpientes y que un día destruyó, porque a nadie podrían servir, según él mismo lo expresó. Era metódico y no es en este aspecto ni con referencia a este modo de ser que me permito señalarlo como escritor intuitivo, sino en cuanto él no se atenía a normas preestablecidas para organizar sus libros de naturalista, en que había tanto de creación y de vida. Así puede analizarse su *Vida de un pastor*, apuntes para el análisis sociológico e histórico de la vida de una aldea escocesa y sus gentes, en las que Hudson se deja llevar por sus recuerdos e inserta diálogos vivaces, oportunos y poéticos. Su estilo literario tenía el encanto que señala Galworsthy "La fantasía de Hudson es parecida al vuelo de los pájaros, objeto de su predilección; ella parece no haber entrado jamás en una casa y sí haber vagado a pleno aire, a la lluvia, al sol o entre los árboles y en los prados desde su nacimiento". O, como dijo Conrad: "Es como si un espíritu muy fino y muy suave estuviera soplándole las frases que pone en el papel... Nunca intimé con él, pero siempre le tuve un real afecto; el secreto de su encanto como hombre y como escritor, queda impenetrable para mí. Algo sobrenatural; era un producto de la naturaleza y tenía algo de su fascinación y su misterio...".

Cunninghame Graham sintetiza el juicio de Galworsthy así: "Todo lo que dice es exacto y lo que dice del estilo es quizá la mejor definición de ese don; que no es arte, pues proviene de la naturaleza, como el sentido del color o la buena mano para los caballos".

LUIS GUDIÑO KRAMER
Casilla de Correo 200, Córdoba

